

¿«ACENTO DE INTENSIDAD» EN ESPAÑOL?

1.1. INTRODUCCIÓN.

Hace ya una década larga desde la aparición de los artículos de Bolinger, H. Contreras y Navarro en torno al índice a que debiera darse prioridad en la percepción del acento en español (cfr. Bolinger, 1963: 33-48; Contreras, 1963: 223-37; Navarro, 1964: 231-35; Contreras, 1964: 237-39). Frente a la idea de Navarro T. de asignar a la intensidad dicho papel, Bolinger y Contreras se inclinaban por la frecuencia fundamental como máximo exponente entre varios factores (duración, intensidad y frecuencia fundamental, sobre todo) que podían incidir en la prominencia silábica.

En el presente trabajo reanudamos el tema analizando la relevancia que cada uno de los mencionados parámetros pudiera tener en conexión con el acento, a la luz tanto de nuestros datos como de otras investigaciones.

1.2. LA DURACIÓN COMO REFLEJO ACENTUAL.

Es indudable que en un buen número de lenguas el acento es un factor condicionante de la duración vocalica. En este sentido, es plausible afirmar que ésta es una de las manifestaciones fonéticas de aquél. En español, y a pesar de la nimia relevancia de la duración como elemento distintivo, es posible detectar un balance final favorable a los núcleos acentuados frente a los átonos. En experimentos (1) llevados a cabo utilizando cinco informantes universitarios españoles, a quienes analizamos con ayuda del espectrógrafo, así como del mingógrafo, obtuvimos los resultados siguientes:

Vocales	No acentuadas	Acentuadas	Diferencia	Media	Proporción
A	65,4 mil. seg.	85 mscs	19,61	0,77	23%
E	55,8 »	76,5 »	20,6	0,73	27%
I	54 »	80,5 »	26,5	0,67	33%
O	54,5 »	73,4 »	19,7	0,74	26%
U	48,5 »	67,7 »	19,1	0,72	28%

Pero, podemos preguntarnos, ¿tiene esta diferencia alguna relevancia desde el punto de vista lingüístico? En otras palabras, ¿es una diferencia lo suficientemente marcada que permita la distinc-

(1) Para ello se hizo uso de una frase cliché: PON SIN ACENTO, intercalando vocablos correspondientes (cfr. nuestro trabajo sobre la duración de las vocales en español, de próxima aparición).

ción entre vocal acentuada y no acentuada? No parece ser el caso en español. En las lenguas que poseen vocales con dos grados contrastivos en términos de cantidad el promedio de tal diferencia es de un 50 por 100. Así lo hallaron para el inglés Parmenter y Treviño (1933) y, según Lehiste (1970: 33), Fisher-Jorgensen halló entre vocal tónica y átona en danés un promedio casi idéntico: 50,5 por 100, cifra que distan mucho de alcanzar los núcleos acentuados átonos españoles, según vemos. En un trabajo de próxima aparición comentaremos casos en los que la(s) vocal(es) tónica(s) se caracteriza(n), en multitud de ejemplos, por una duración menor que sus vecinas átonas. El trabajo de Quilis sobre el acento en español confirma este punto igualmente, si bien no nos da promedios que nos permitan hallar la proporción diferencial entre vocales tónicas y átonas. Sólo leemos que «en casos en que el índice Hz no está presente, como un máximo (?) la duración de la vocal tónica suele ser aproximadamente un 25 por 100 mayor que las demás vocales átonas de la palabra» (1971: 71). Navarro (1917: 382) nos dice que en posición final absoluta la cantidad media de la vocal española resulta «un veinticinco por ciento menor que la tónica», y a ren-glón seguido encontramos que «en palabras llanas como *cara*, *poso*, *tapa*, etc., se advierte ante todo que la átona y la tónica presentan generalmente una *media muy semejante*», citando como ejemplos «para» = 14,2 y 13,4, así como «pasa», que dio una duración idéntica: 10,8 centésimas de segundo. Y sigue:

«Únicamente en casos en que la final va detrás de una consonante oclusiva sorda —*pata*, *cata*, etc.— su cantidad resulta en general algo *mayor* (subrayado nuestro) que la de la tónica precedente.»

Y, según Delattre (1966: 193), algunas sílabas átonas son por lo general más largas que las acentuadas.

Como reflejo acentual, pues, tenemos que concluir que la duración del núcleo silábico desempeña un papel más bien modesto en el reconocimiento de una sílaba como prominente.

1.3. FUNCIÓN DE LA INTENSIDAD.

Descartada la duración como elemento preponderante en la percepción del acento, cabe considerar la función de la intensidad en este mismo sentido. Pero antes permítasenos hacer unas breves consideraciones de índole terminológica.

En inglés, se distingue entre «accentuation» y «stress», siendo el primero un rasgo de la secuencia fónica que resalta, como dice O'Connor (1973: 235), «aquellas partes semánticamente importantes», mientras que el segundo hace referencia al acento o prominencia que es inherente a todo vocablo.

La Academia no parece hacer distinción alguna en este sentido. En el *Esbozo*, al menos, encontramos (cfr. sección 1.5) una definición de acento entendiéndolo en el sentido de «accentuation», cuando no en el de «stress». La ambigüedad se pone de manifiesto en contextos en los que leemos que «vozes normalmente inacentuadas se hacen acentuadas en determinados contextos» (*ibid.*: 71). Tal vez sería más plausible hablar de dos variantes acentuales:

a) Acento *léxico* (o exiatorio, o intrínseco), patrimonio de toda palabra en la lengua, que es operativo a nivel de citación (ej., el artículo *él*) o en habla de metalenguaje (ej., *con* no lleva acento), y que estaría supeditado al

b) Acento *prosódico* observable a nivel de grupo fónico.

El acento léxico, que Heffner define (1950: 224-225) como «el quantum de energía muscular que requiere cada movimiento articulatorio, con la sílaba como elemento mínimo», presentaría en español tres variantes:

1. Primario: Que es el único capaz de llevar marca diacrítica (2).
2. Secundario: Opcional en la lengua, operando a nivel de adverbios en -mente (ej., *de-nodada-mente*), y en algunos —escasos— compuestos (ej., *pedazo-imbécil*).
3. Acento mínimo: Característico de las sílabas sin relieve acentual.

Por su parte, en el acento prosódico podemos considerar dos variantes de conexión evidente:

a) Acento rítmico (o, tal vez mejor, *contrastivo*). Así, «cántara» lleva acento léxico en *CAN-*, pero no es contrastivo hasta que no entra a formar parte de una relación paradigmática (oponiéndose a otros elementos en el sistema por este solo rasgo) o sintagmática; y

b) Acento melódico (3). El primero (i.e., el contrastivo) se patentiza en las voces pertenecientes a una categoría gramatical abierta (sustantivos,

(2) Excepto en compuestos separados por guión, que se mantiene la tilde gráficamente (ej.: *óptico-acústico*), puede adquirir relieve acentual, aunque lo ordinario es que lo sea con acento secundario (cfr. *Esbozo*, 1973: 141).

(3) El acento melódico, que coincide con lo que Gili Gaya denomina acento de grupo (1966: 35), incorpora elementos circundantes que reciben el nombre de proclíticos o enclíticos, según antecedan o sigan a dicho acento.

adjetivos, verbos, adverbios y preposiciones adversiales, así como en los pronombres —sobre todo en interrogativas—) y, en general, en todo elemento que presente oposición en el sistema con otro homónimo: como/cómo, de/dé, mi/mí, mas/más, etcétera. El segundo, relacionado con la entonación, viene marcado por la prominencia tonal y, si bien es cierto que coincide con el rítmico (o contrastivo), no existe una relación de necesaria dependencia. Esto puede verse fácilmente tomando un ejemplo como:

¿A ti te han dicho algo?

donde se observa acento contrastivo en: *TI HAN DI AL*.

El acento melódico caería —dependiendo de la voluntad del hablante— en *TI -AL*, siendo este último, además, el núcleo tonal. Se explican así igualmente las variaciones acentuales que, de modo esporádico, son detectables en hablantes [el llamado «acento enfático» según Quilis (1971: 141), o de «insistencia» (Gili Gaya: 1966: 38)]. Estas variaciones están motivadas por imperativos rítmicos a los que se les superpone el acento melódico, que pueden llegar a provocar una dislocación acentual léxica. Así, en «*hombre*» se observa acento léxico en *HOM-* que elimina el acento melódico si la emisión es del tipo exclamativo con alargamiento de vocal final: *¡¡¡hombréee!!!*

Pero, volviendo a la línea de razonamiento iniciada arriba, cabe preguntarse qué papel desempeña la intensidad en la percepción del mismo, es decir, del acento en sentido general. Sabido es que la intensidad es una característica física del sonido, siendo la perceptibilidad (o sonía, según Quilis, 1971: 53) la propiedad subjetiva más directamente relacionada con aquélla (aunque no lo es de modo exclusivo, ya que la frecuencia fundamental, las características espectrales y, en menor escala, la duración también intervienen). Es curioso que en el *Esbozo*, al hablar del acento, se le añada, y así reza el epígrafe, «acento de intensidad» (pág. 64), dando a entender que éste es el parámetro más destacado en la percepción del mismo. Igual leemos en la *Gramática* de Alcina-Blecua, donde, a pesar de la excelente bibliografía reseñada, los autores se atienen por completo a la idea de Navarro de ver el acento como sinónimo de intensidad.

En varias lenguas europeas, sin embargo, ha resultado ser ambiguo el papel de la misma. Lehiste nos informa (1970: 118) que, en experimentos realizados por ella en inglés —donde el acento es más crucial que en nuestra lengua—, halló que los hablantes cuestionados al respecto identificaron vocales producidas con igual esfuerzo como iguales en perceptibilidad, independientemente de las diferencias físicas en intensidad que existían

de hecho. Esto la lleva a postular que el oyente tal vez pueda asociar una relativa amplitud intrínseca a las características espectrales de cada vocal, aplicando un «factor correctivo» a la señal que le llega. Asumiendo que la duración y la frecuencia fundamental se mantengan constantes, el hablante podría, gracias a este procedimiento, discriminar una sílaba como acentuada, aun en el caso de que ésta presentase una fuerza nuclear inferior a otra sílaba átona adyacente con vocal nuclear más abierta.

La percepción del acento (4) es para Lehiste (1970: 119) algo «totalmente independiente» de la percepción de sonía que caracteriza a un sonido. El acento presupone un marco lingüístico y —si aceptamos la idea del factor correctivo— un cierto aprendizaje. Daniel Jones (cfr. *Outline*, 245) es el único fonetista que explícitamente ha afirmado que la percepción del acento implica conocimiento de la lengua. El hablante «conoce» la lengua —la sílaba acentuada— y utiliza dicho conocimiento para hacer la interpretación pertinente (5).

Los experimentos por nosotros realizados y de los que se adjuntan muestras al final de este trabajo, dejan patente la escasa correlación de acento e intensidad en español. Los trazos inferiores (los más próximos a los rótulos) correspondientes a las ternas de vocablos trisílabos no dan pie alguno que nos induzca a reconocer acústicamente qué vocal de las implicadas es la señalada

(4) Lehiste utiliza el término «stress» con el sentido de prominencia producida por un esfuerzo articulatorio, y «accent» cuando la prominencia se consigue por otros medios en lugar del (o además del) esfuerzo articulatorio. (*Suprasegmentals*, 119).

(5) La validez de tal aserto fue demostrada en un experimento que el autor realizó valiéndose de la frase cliché: «Dime qué acento lleva», emitida en el tono más monótono posible, y en la que se insertaron, cada vez, una de las voces siguientes: *cántara, cantara, cantará / célebre, celebre, celebré / estímulo, estimulo, estimuló / hábito, habitó, habitó* (salteadas). Como informantes utilizamos a cuatro hablantes: dos de lenguas tonales (igbo y yoruba) —que se supuso serían más sensibles a cualquier variación tonal— y otros dos hablantes de persa e hindi —en las que no se da acento fijo (como es el caso del francés, por ejemplo)—. Los resultados obtenidos fueron como sigue:

<i>cántara</i> = 2 aciertos	<i>célebre</i> = 3 aciertos
<i>cantara</i> = 0 »	<i>celebre</i> = 0 »
<i>cantará</i> = 2 »	<i>celebré</i> = 1 »
<i>estímulo</i> = 2 aciertos	<i>hábito</i> = 4 aciertos
<i>estimulo</i> = 1 »	<i>habitó</i> = 2 »
<i>estimuló</i> = 2 »	<i>habitó</i> = 1 »

Hay que señalar que las dudas fueron constantes y que la decisión final, salvo muy contadas ocasiones, tuvo que realizarse entre dos (o las tres) alternativas igualmente posibles. Esto se puso más de manifiesto en vocablos como *cantara, celebre* (en sus tres versiones correspondientes), ya que todos sus núcleos, al ser idénticos, gozaban de idéntica intensidad intrínseca.

por carga acentual (compárense los 1, 2 y 3, respectivamente; la altura del trazo más bajo que señala las intensidades correspondientes no refleja de modo consistente la sílaba tónica). Más evidencia introducen los trazos mingográficos de la página 25, donde pueden apreciarse la identidad de rasgos que caracterizan a «la voz cesante» (con SAN- con acento tónico), frente a «hubo voces ante el ...» (con S-AN átona).

Dado, por consiguiente, que el acento no parece ser correlato constante de la energía acústica o intensidad (o ésta de aquél), es muy discutible, por dicha razón —al igual que por las anteriormente expuestas— que el término «intensidad» con que se califica nuestro acento sea el más idóneo al hablar del mismo. Porque la intensidad sólo sirve a la hora de comparar vocales idénticas en contextos diferentes, dada la diferente intensidad intrínseca que, al igual que la duración, caracteriza a cada segmento vocalico o consonántico. Como dice Heffner (1949: 229), dejando otros factores aparte, si medimos en microvatiós la intensidad de una *a*, hallaremos que ésta siempre será mayor que la desplegada por una *i*, por ejemplo.

1.4. PRIORIDAD DE LA FRECUENCIA FUNDAMENTAL.

La conclusión alcanzada en los diversos estudios emprendidos con vistas a investigar las pistas acentuales [Rigault en francés (1962); Bolinger (1958) y Fry (1958) en inglés; Morton y Hansen en polaco; Lehiste e Ivic en servo-croata (1963); Wuddenhagen, Westin y Obretch en sueco (1966)], resultó ser en todos ellos a favor de la frecuencia fundamental como pista más importante que la intensidad en el discernimiento del acento. La duración también resultó ser de tanta importancia si cabe como la intensidad, aunque no hay que perder de vista que en algunas de estas lenguas la duración es distintiva.

Aparte de nuestros resultados, que parecen favorecer a la frecuencia fundamental sobre los otros dos parámetros analizados (duración-intensidad), Quilis realizó en 1971 un estudio en el que, tras presentar un breve resumen en torno a las ideas sobre el acento en español, argumentaba por la preponderancia de dicha pista sobre las demás, como principal caracterizadora del acento en nuestra lengua.

«Concluyendo —afirma en pág. 71 (1971)—, podemos afirmar que, según el análisis instrumental, el índice más importante para la percepción del acento español es la frecuencia del tono fundamental, que se puede reflejar en una mayor altura, en una discontinuidad de él y de los armónicos, o en ambas a la vez. La duración sería el segundo componente.»

No obstante, a nivel acústico, hay que conceder que el acento no es propiedad de un parámetro único, sino que se caracteriza por una interrelación entre frecuencia fundamental, duración, am-

plitud, etc. Como afirma Ladefoged (*Three Areas of Experimental Phonetics*, pág. 46), «no existe un parámetro concreto que esté automáticamente asociado con toda sílaba acentuada».